



**“Mi infancia fue tremendamente feliz. No crecí en un medio hostil, sino en uno donde se incentivaba el talento y dejaban desarrollar tus capacidades”**

En España, los niños superdotados están desamparados. La política que sigue el Ministerio de Educación es la de integración, pero eso supone que los profesores de apoyo y equipos que trabajan en educación especial dedican sus esfuerzos a los que padecen carencias. No

se trata de dar a los superdotados una educación especial, pero sí específica, que vaya de acuerdo con sus capacidades.

#### **Sufrimiento interior**

“Los padres explican que son niños difíciles, pues al principio atosigan con pregun- ■■■

### **Marta Eugenia, 35 años**

200 de cociente intelectual, 26 carreras.

Considerada genio, es la fundadora de Sapientec, centro para desarrollar la inteligencia.

“A los 6 años, cuando entré en un colegio de monjas, le pregunté a una de ellas: ‘Monjita, dígame tres razones empíricas por las que no puedo ser Dios’. Pensaron que estaba poseída. Había nacido en un pueblo de León, me llevaba 15 años con mi hermano y 16 con mi hermana. Aprendí a leer sola con los libros de mis hermanos. La madre superiora llamó a mis padres y les dijo: ‘El sistema educativo no ampara sus necesidades’. En la España en la que yo nací había subnormales, normales y raros. Yo era considerada rara. Así que se decidió que, para no contaminar a las otras, iría al colegio sólo los viernes y los sábados a hacer controles. Yo era una niña como las demás, me gustaban los mismos juegos que a ellas. Mi infancia fue inmensamente feliz. Mis padres no sabían ni entendían lo que era la superdotación, pero lo veían como algo raro y no como algo malo. También ayudó el entorno en el que me desenvolví. Los demás sentían que había una diferencia entre ellos y yo, pero al menos no se metían conmigo, no tenían algo en contra. Ni me obligaban a seguir, ni me obligaban a repetir. Era un método alternativo. No fue el mejor de los posibles pero se incentivaba el talento. Mi medio no era un medio hostil.

Mi padre, piloto, sabía que en Estados Unidos había centros para “bichos verdes”, donde se promocionaba la investigación. A los 12 años entré en el instituto de Investigaciones Científicas y Ecológicas. Me convertí en una niña-maleta. Investigaba allí el ADN, y en España seguía examinándome. He vivido mi superdotación como un don, no como un castigo. Pienso que todo lo que no se da, se pierde. La inteligencia es como el dinero: si no sabes utilizarlo, ¿para qué sirve? Yo le saco todo el partido posible. Sólo me falta tiempo”.